

LA LUCHA POR LA VIDA

LAS reivindicaciones individuales humanas en la vida social, como las políticas en la internacional, pretextando a veces derechos racionales o sentimientos espirituales, tradiciones o estados progresivos rompen el equilibrio de la confraternidad y el estado de la paz para llegar al «casus belli» en «ultima ratio», supeditando el don de la inteligencia al instinto pasional. La cultura en su proceso educativo, elevando el intelecto humano, dominando en el ambiente religioso la pasión sentimental, debieran con el transcurso del tiempo, deslindar, a través del espacio, las distancias de las clases sociales o de los Estados mundiales. Y, sin embargo, la Historia continúa señalando en sus páginas más conmociones bélicas humanas que volcánicas o neptunianas en las fuerzas vivas de la naturaleza del planeta; y hay que creer, extendiendo el principio de Lavoisier a las anímicas, que pueda irradiar la universalidad del cosmos, que en ellas tampoco se pierde nada, ya que se aprovechan más para el mal, en su loca malversación.

La lucha del hombre por la vida en la sociedad, como la de las naciones en el mundo por su existencia, se basan en el predominio egoísta de sus aspiraciones ambiciosas, que hoy no templan ya ni el temor religioso, ni la educación cultural. Una equivocación inicial del individuo respecto a sus facultades personales, un error en el gobernante en el esfuerzo de su pueblo o los recursos del país, son capaces de arruinar una vida que brotó alegre a la existencia en un medio feliz, o de alejar una hegemonía nacional que permitiese a un Estado desarrollar sus elementos de riqueza a expensas de la ajena ingenuidad.

Dice Spengler que la vida es política, y la religión la conciencia de un ser viviente; es cierto, pero actualmente ha aumentado la

influencia de la política en la vida y ha disminuído la religiosa, con el resultado que la conciencia pesa menos en el arte de gobernar los pueblos, que peca a veces de frivolidad, que es la característica, quizá por la inmiscuición femenina en la virilidad del hogar, de los tiempos en menoscabo del desenvolvimiento de la naturaleza, que la metafísica centra en el mundo y el hombre, siendo preeminente la intervención de éste ontológicamente en la política del Estado como acto práctico de gobierno.

El mundo atraviesa un momento histórico, al que le han conducido tan graves acontecimientos cual fueron las dos últimas grandes guerras, en las que hay que reconocer un grave error de derecho político por parte de las dos naciones, que en la cumbre de la cultura y civilización mundial moderna, no tenían derecho a romper el equilibrio mundial, dejándose llevar de maquiavelismos arcaicos para fines mínimos, cuyas consecuencias estamos tocando todos los seres vivientes, en manos de hombres de Estado mediocres, cuya responsabilidad alcanza a toda la sociedad, gran parte de la cual no las ha concedido autorización para enjuiciar el derecho político de su existencia social, ni la intervención estatal en su nacionalidad de pueblos libres, alcanzada en siglos de evolución política, cultural y religiosa.

La frivolidad del hombre moderno, abstraído en la intensificación especulativa de su labor científica de investigación o empresa, con total olvido del sentimiento moral del hombre racional, de Divina factura, no presta la debida atención al problema de tan elevado exponente potencial como el que esos cuatro hombres están estudiando en París, que interesa no sólo a sus respectivos pueblos, sino a todos los del orbe; sin parar mientes en que la ola del marasmo asiático de siempre, la de Atila con sus hunos, la de Jenghis Kan con sus tártaros y mongoles, la Arabe musulmana, turcos, sellycidas, Tamerlán, etc.; esa avalancha que irradia el vivero humano de seres que tienen derecho a buscarse el sustento en las tierras fértiles de Poniente a donde el sol les guía, si sus progresivos habitantes no les muestran la manera de encontrarlo en el suyo. No cabe callar ante tamañas torpezas como las cometidas por los pueblos gestores de la vanguardia progresista europea desde fines del pasado siglo a la fecha, y más que nadie tenemos derecho a decirselo nosotros, el pueblo de Séneca, que reconoce desde temprano la

ciencia del Derecho, en la superioridad de la razón humana, que manteniendo un muro defensor de Europa durante ocho siglos a la invasión semita, sabe asimilarse su cultura oriental; que, asimismo, la defiende ante los muros de Viena del Turco; y, finalmente, tristes nórdicos, que con la destrucción del culto Imperio de vuestros progenitores estáis exponiendo al mundo civilizado occidental, deshecho moralmente por su alejamiento de Dios, por tanta torpeza egolátrica cometida en Asia; nosotros, sí; España, que amplió el mundo con un Continente, y con su audacia os lo mostró circunvalado; realmente, no es fácil adaptar nuestra talla al aréopago de la O. N. U., de tan poco fuste.

Ese nuevo Continente que España sumó al acervo cultural humano acude hoy en auxilio del naufragio espiritual de esos viejos pueblos, aborto cuaternario de aquellos neanderthales, predmostianos y crómañones, fundidos un día en el crisol primario de la édénica meseta de Palmir, cuyos cuatro ríos mesopotámicos fluyen aquellas civilizaciones orientales, señaladas a la humanidad en las Pirámides de Cheops, Chefren y Mykerinos, para verterlas en el mar heleno-latino, los pueblos del mar y de las islas. Ese Mare Nostrum, depurador de la sociedad, despertando en ella con el juego del sentimiento, el ejercicio del intelecto, recreo de la vida; en él que tanta parte puso España, desde que el lusitano Paulo Orosio, conmovido por el heroísmo de Numancia, supo despertar en ella el sentimiento de patria, cuya unidad espiritual entreteje antes del periplo de Himilcon con el mundo céltico nórdico, por intermedio de sus navegantes tartésicos; primer servicio que España presta a la humanidad consciente, poniendo en relación ese mar aún heleno-alejandrino de la civilización de los viejos Imperios caldeos con los más retrasados pueblos nórdicos de sangre fría, cual el pescado de sus aguas.

Arios y semitas son los pueblos bíblicos, entre los cuales no cuenta el etíope, considerado como una especie antropoide de lejanas tierras fabulosas, proveedoras de esclavos; de Persia a Saba nacen civilizaciones y religiones que alumbran en el mar interior, frente a frente en Grecia y Egipto; griegos y fenicios las expanden por su litoral, y al nuestro llegan egeos y aqueos, arios y fenicios sírios, tras fenicios líbios, semitas. Es la lucha por la existencia de esos pueblos de presa que inventan el libre cambio en la vida de

relación; en nosotros se ha formado una sociedad celtibérica, montañosa y fluvial, que tiene de oceánica y mediterránea, de aria y semita, influida por un clima subtropical o templado de que físicamente se adapta.

Los pueblos del Oriente próximo, en la Edad del Bronce, descubren los minerales en nuestro subsuelo, y nuestros navegantes en las tierras hiperbóreas de las Casiteridas el estaño, que reemplazan las agotadas industrias chipriotas; pero esa riqueza excita la codicia del pueblo conquistador romano, que no se contenta con la colonización del filósofo griego o comerciante fenicio, y nos convierten en provincia romana, en grado tal de adaptación que nuestro campo intelectual produce Sénecas, Balbos, Columelas, Melas, Lucanos, Marciales, Quintilianos, etc., y nuestra política Emperadores como Marco Aurelio, Trajano, Adriano y Teodosio, y Roma no duda, a pesar de su ambición en subordinarnos la Mauritania Tingitana. No hay señales en la Historia de que ni el intelecto griego, ni la cultura romana, dudaran de considerarnos cual ellos un pueblo mediterráneo, y sí con Spengler la cultura es el cuerpo vivo de un alma y la civilización su momia; no cabe duden ni de nuestra cultura griega ni de nuestra civilización romana, y menos que nadie los sabios profesores de las Universidades norteamericanas, que tienen a la puerta de su casa la muestra en nuestros hermanos hispano-americanos.

En una de esas oleadas de traslación de los pueblos bárbaros, cual entonces los designaban, para salvarse el Imperio de Occidente de los menos cultos cedió a los godos la provincia Hispánica, y éstos establecidos sobre los Pirineos, en la región Narbonense, limpiaron la Península de suevos, vándalos y alanos; fué una inyección de eso que el profesor Stoddard, de Harvey, llama nórdicos, y según nuestra tradición fueron en número relativamente reducido, lo que, unido a la expropiación de los naturales de sus predios y la herejía arriana de su religión, hizo que en los principios de la invasión musulmana, privados de marina, arrebatada por los vándalos, gran parte de la población meridional la facilitase renegando y adaptándose al pueblo invasor, en su mayoría berberisco, como dice algún escritor, hijos de San Agustín, cuya provincia de Constantina había sufrido pocos años antes la misma invasión avasalladora; la nueva religión islámica, apropiada a la población donde nace, en el

Heyaz, se propaga socialmente en medios irreligiosos, imponiéndose por la fuerza de las armas despóticamente.

El elemento arábico-sirio de esta lucha etnárquica, que tras las herejías arrianas y donatistas, se esfuerza, a pretexto de la perfección religiosa del entendimiento humano, cuyo fin es Dios, como sumo bien, hacia el que tiende la criatura racional; es el menor cuantitativamente; Palestina, situado en el centro geográfico de los tres continentes se convierte en el punto de reunión de todos los pueblos de la Antigüedad, movilizadas a la voz de Mahoma, que obra cual soberano dominante por el derecho de la fuerza desde la Meca, Medina, Damasco, Bagdad, constituyendo el Islám, una sociedad de libertad individual que arrastra las multitudes, hartas de opresión, en un movimiento centrífugo hacia Oriente y Occidente, llegando a España venciendo tenaz resistencia en Berbería, nutrida de elementos berberiscos a fundirse con sus hermanos iberos; pueblos hamitas o camitas, son de raza blanca, en un principio, caucásica o indo-germánica, que al llegar a la Península se establece por lo general en sus regiones centrales y septentrionales, reservándose los elementos directores arabo-sirios el mediodía ibérico. El hispano, poco sufrido al yugo ajeno, amante de la independencia patriarcal, se apresura, bajo la dirección gótica en los repliegues montañosos del Norte, a esa lucha de ocho siglos, que debida a la estratégica situación defensiva europea de la Península, se convierte en palenque de la cruzada germánica del cristianismo, que barre el paso al Islám, ya gastado cuando llega en su espolonada a Poitiers, y que quizá hubiera podido acortarse sin la doblez característica de los francos, que apunta en la inteligencia de Carlomagno con Abderrahman, cual siglos más tarde repetirá Francisco I con Barbarroja. En esta lucha bajo el ideal religioso del alma, se disimula el cálculo hegemónico egoísta de la talasocracia social.

Es nuestro fin en este estudio defender en las presentes circunstancias de la actualidad a nuestro país de esa nebulosa con que tratan de empañar sus émulos; la etnografía de su raza, confundiendo la verdadera democracia de su carácter en el trascurso vibrante de su historia, desde la extrema occidentalidad de Europa, que mira a América, y la cercana proximidad de Africa e íntima confraternidad alcanzada de la cultura arábiga sumada en España a la heleno-latina, para convertirse en una simbiosis de la espiri-

tualidad mundial, que compensa el retraso científico que pudiera existir en nuestro intelecto por caminar quizá mirando más hacia arriba que a la terrena materialidad positivista de la vida. La aportación arábica a la raza hispánica es más cultural que material, cósmica, que afecta a su alma en el ambiente de su clima. El aporte anímico de esa cultura, cual más tarde ocurre con el americano, da a nuestra raza esa tonalidad delicada, artística, que destaca en el temperamento místico de sus religiosos, en la sentimentalidad de su poesía e impresión de su pintura, profundidad del pensamiento.

Esa cultura arábica, que tan bien armonizó en el Andalucía, tiene sus raíces en lo más hondo de la civilización humana, en el pueblo arameo de los Imperios caldeos, país de religiones, sociedades y Estados, cuna quizá donde se ha educado el alma y la inteligencia humana, centro del mundo antiguo, del cual aporta ese bagaje caballeresco que honra a Castilla: el héroe árabe Dulkainar, legendario Persia, cuya tradición se conserva en China, es el predecesor de nuestro Cid Campeador; las Cortes del Imperio Sassanidas, como las de Ghassanidas y Lachmidas en el Norte de Arabia, fueron el modelo de Bizancio, que inspiró el fausto de los abasidas en Bagdad, del Islám y traslució más tarde en Córdoba y Granada, cuando tristes, míseras y frías añoraban las Cortes hiperbóreas aquellos ricos y soleados países de los édenicos ríos, milenarios en cultura y civilización, que soñadores cantaban los juglares en sus trovas orientales; ésa fué la sangre con que Arabia amalgamó nuestra raza, cuartel de nuestro blasón antropológico, envidia de los nórdicos de sangre fría y mecanizada mentalidad. Y esa misma cultura arábica, puente entre la vieja civilización asiática y la europea con el marchamo de Salamanca y Alcalá, fué al mismo tiempo vehículo de la simbiosis heleno-alejandrino, que a través del Colegio Toledano propagó a la Sorbona, Oxford y Cambridge el proceso filosófico griego y árabe. Eximia labor de nuestros Alfonsos y Fernandos, sin soltar la espada para sostener el puntal europeo en la ribera mediterránea y dar al mundo, entre luchas religiosas y guerreras, un Renacimiento glorioso frente a una turbia Reforma.

A esa constante lucha humana en que se suceden las talasocracias de la Antigüedad, siguen las hegemonías políticas, con la misma efusión de sangre, y en un claro de ellas, Portugal, por un lado, y Castilla, por otro, amplían el mundo incorporándole otro conti-

nente habitado, y no será la incorporación de esta nueva sangre quien despreciara nuestra categoría etnográfica, que es sobradamente conocida la antropológica ley de adaptación al medio ambiente del clima geográfico que en el transcurso de veinte generaciones cambia los índices raciales del transeúnte al originario y es citado frecuentemente el caso de Norteamérica del emigrante originario irlandés que al cabo de varias generaciones en el «far west» se transforma en el «cow Boy», de rasgos de piel-roja. No, el español que en su democracia verdad se ha mezclado igual con el guatiao o el caribe, el azteca o el inca, el araucano o el guaraní, el canaca o el chamorro, el tagalo o el visayo, dejando en sus antiguas colonias una hermosa población criolla que no se avergüenza como el «half-caste» de su procedencia, plena de mestizos y mulatos, hijos del amor, es siempre, pese a quien pese, el hispano celtibero de raza caucásica, ario, blanco o moreno, braquicéfalo o dolicocéfalo, porque ha pateado la tierra en todas las latitudes y bajo todas las declinaciones solares, curtiendo un pueblo de héroes que se pierden en el mito de su ascendencia con los dioses del cosmos; pueblo el más occidental de los civilizados, que un día imperó en el huso que baña ambos continentes, cimentado en aquél con la fantasía Atlántida de sus Tartesios.

La vida es lucha en la sociedad y en el mundo, y esa posición excéntrica nuestra enriqueció nuestra historia, luchando con todos los pueblos que tras el sol llegaban a los linderos de la mar, y esa persecución de fines comunes os constituyó en nación extrema, regida por una misma moral; ingenuamente a la sombra de la secular encina, nuestros primitivos iberos la administraban en Vasconia, el alma griega educó nuestro sentimiento, el intelecto romano educó nuestras costumbres, la cultura árabe inspiró nuestro arte con la experiencia de nueve mil años; el sentimiento cósmico de la raza estaba formado; temprano fué nuestra tradicional monarquía aragonesa, una república de nobles, que inspiró en Aquitania la Carta del Parlamento inglés y si la intensidad mística de nuestros religiosos elevaba las almas sobrenaturalmente, el arte de gobernar del Rey Católico inspiraba al genio del más sagaz de todos los políticos. ¡Qué anatema se cierna en Europa, sobre un país que sólo quiere vivir en paz, a qué extremos se le quiere obligar!; cuando hace unos años la revolucionaria Rusia nos tomó como conejo de Indias para bolchevizar nuestro pueblo, sólo dos naciones europeas nos ten-

dieron la mano y gracias a ellas y al pueblo marroquí pudo nuestro elemento armado salvar a la sociedad nacional, desquiciada por unos republicanos idealistas, faltos de experiencia política como estadistas; cómo pueden extrañar los aliados que las simpatías del pueblo de la «fides celtiberica», de la «lealtad castellana» estuviese con el eje, pero eso mismo demuestra el valor cívico de la política neutral de sus dirigentes que cierra sus fronteras a las armas de estos últimos que tanto hubieran podido cambiar el curso de los acontecimientos; de otra forma, y esos nórdicos, si conocen la Historia, no deben alvidar el juicio romano de la «devotio Iberica», en la que el ibérico consagraba el alma a su caudillo, al que no consideraba lícito abandonar en la batalla, criterio que, según Valerio Máximo, adoptó Roma en los primeros tiempos del Imperio, del «Yus gentium».

Deberían mostrarse más psicólogos los meritísimos profesores de las Universidades norteamericanas, encauzando a sus hombres de Gobierno en las ciencias antropológicas por las viejas clasificaciones de Cuvier o de Lineo, que «lo que será, no es sino lo que fué, y la esencia de los sucesos que no se reiteran, perduran» (Leibnitz). Los españoles somos un pueblo etnográficamente considerado, de raza blanca, caucásica, indo-germánica, etc., muy orgullosos de las aportaciones de cultura recibidas de Oriente, del Mediterráneo, y no aceptamos esas clasificaciones europeas de nórdicos, alpinos y mediterráneos más que como denominaciones políticas; ni las de morenos en lugar de blancos, sino como un recuerdo curtido en la piel por el trabajo de pasadas generaciones laborando bajo el sol de América, Africa y Oceanía, extendiendo los horizontes de la humanidad, en forma de esos pueblos hermanos que nos honran en el nivel cultural alcanzado sociológicamente; que tienden en su civilización al término de esa lucha por la vida, facilitándola, y con su cultura a la aproximación de los pueblos.

Ya es tiempo cesen esas luchas egoístas siempre, que no son por la vida en muchos casos, sino de clases en categoría vana social, que ya no se satisface con el trastorno de cambios políticos tradicionales en el carácter popular; que o son de pueblos por reivindicaciones estatales, resueltas la mayor parte entre los países comprensivos de razones que han dejado ser estratégicas ante las nuevas armas modernas, en ineficaces dominios de vías de comunicación; han

pasado los tiempos del «Rigth or wrong, my country», en el nivel actual de cultura y civilización, el Tribunal mundial justifica en la Historia los hechos, borrándose las huellas de lo que en su transcurso fueron ideales y en aquélla quedan grabadas las ejecutorias de las razas humanas, que con su esfuerzo contribuyeron a alcanzar aquéllas que no puede desvirtuar el criterio de un grupo político mediocritis, influído por fuerzas secretas basadas en odios raciales políticos, religiosos o económicos; incapaz de rectificar las páginas de la Historia, ni con el espaldarazo de sabio antropólogo catalogar la «Corporum humanorum devotia, vehementis cordis» (Plinio), ni imponerse con ruines artificios económicos al consensus de la familia ibérica, sostenida en Oriente y Occidente por cultura y civilización, en su régimen político, en su «sic volo, sic jubeo», a través del tiempo, en el sentimiento cósmico del alma de la más noble raza del Occidente europeo, que aún flota tras el desastre de la Armada Invenible y la lucha del espíritu de Loyola y Calvino; renaciendo cada día, heredándose a sí misma en vibraciones vitales de generación en generación, al decir de nuestros pensadores.

FERNANDO DE CARRANZA



CRONICAS

